

Todos los españoles somos hijos tuyos, todo buen patriota te nombra con cariño.

La patria os ofrece inmensos beneficios y ¿sabéis que tenéis que hacer para corresponderle?: pues amarla y defenderla.

Si vosotros vierais a vuestra madre, la mejor que os ha tenido en sus entrañas, ofendida ¿que haríais?... defenderla, pues eso es lo que tenéis que hacer con España defenderla y si es preciso, dar la sangre y vida por Ella.

El ejemplo lo tenéis en vuestro pueblo; en el pueblo de Valdepeñas, que con su arrojo y valentía supo contener al vil invasor y desbaratar a su grueso ejército un grupo de heroicos valdepeñeros.

La enseña de la patria es la bandera, y así como lleváis un retrato de vuestra madre, de la mujer que os dió el ser, llevad siempre en la mente, esta enseña y no olvidarla jamás.

El amor de la patria es tanto

como el amor de una madre y esto está condensado en la palabras del gran Castelar ¡España! «¡Patria bendita! Tú serás siempre sagrada porque tú estás mojada con lágrimas de nuestras madres.»

La Patria, España, cifra en nosotros las esperanzas, en nosotros la Juventud de la vida, lo mismo que una madre cuando arruya en sus brazos a su pequeño deposita en él las ilusiones para el mañana, así España ve en nosotros a los hijos que hemos de defenderla cuando se vea necesitada.

Nosotros los españoles debemos continuar engrandeciéndolo con hechos la brillante Historia de España y no permitir nunca jamás que se vea profanada. En una palabra debemos conservar el espíritu de independencia y amor a la patria que ha caracterizado a nuestros antepasados.

Pedro Sanz Villegas

Crepúsculo

Unos libros esparcidos por el verde césped, indicaban haber fundido antes ilusiones en la imaginación del ser que los había leído. Este, se encontraba tendido al lado de unas zarzas, que rodeaban unas ruinas, castillo, de los fuertes en tiempo de los moros, según los naturales del país. Un ancho y caudaloso río, con su cascado murmullo producido al rodar tumultuosas sus aguas, se extendía al otro lado de las ruinas bordeado por florecillas contrastando el blanco de las margaritas con el rojo de las amapolas y morado de los «nazarenos»; todo ello, revuelto con el musgo y los juncos, en los que jóvenes que lavaban arrodilladas sobre la fresca hierba, tendían sus blancos lienzos. De lejos venía un rumor producido por el roce suave del aire con las hojas de los frutales próximos, parecido al melodioso

chasquido de dos labios que se juntan en ardoroso beso.

La tarde, empezaba a declinar, los pájaros desfilaban con un lento pío, pío, hacia sus nidos, y el Sol rojo como un disco de fuego, se perdía en el lejano horizonte formado por las tortuosas líneas de los cerros. Era, en fin, una de esas horas en las que al contacto con la naturaleza, se siente un placer sublime, una de esas horas que producen delirio, y el personaje de nuestro cuento, cansado de leer poesía, incomparable con la que le ofrecía espontáneamente la naturaleza, divagaba en su cerebro con todo aquello que tenía delante, por todas las tradiciones que la fantasía popular había forjado acerca del castillo, e inventaba él otras nuevas, y ya le parecía que salían de entre las ruinas, los ayes lastimeros de dos almas, que ena-

moradas, yacían debajo de los escombros, o bien, que una bella ninfa envuelta en vaporosos vestidos se presentaba delante de él incitándole al amor, cuando, un rumor producido entre las zarzas, vino a estorbarle en sus cavilaciones. Avido de emoción, salta y sus ojos excitados, interrogan al ramaje, que espeso, no le permite ver nada, intenta apartar las punzantes espinas, cuando una ráfaga luminosa producida como por un ser sobrenatural, inunda sus pupilas un instante, pero la ilusión se desvanece, y animado por ella continúa su trabajo apartando las ramas que le rajan, arrojando sangre su palpitante carne, manchando la verde alfombra que antes le habla servido de cama. Unos momentos de descanso, y emprende el trabajo con nuevos bríos y saltando la zarza, ¡oh, ilusión! una linda mujercita, mejor, un ángel celestial envuelto en una aureola de luz, que le atrae hacia sí, y como por un resorte, extendidos los brazos marcha hacia ella, que como queriendo reírse de su deseo, corre y corre y al llegar al río, salta sobre las aguas que quedan en una inmovilidad casi imposible en cosa material, y él dominado por la fiebre, por el delirio, la persigue y... solamente unas burbujas de aire aparecen en la superficie de las aguas, que continúan corriendo. El Sol ya se ha ocultado por completo y los libros, únicos objetos que podían decir algo acerca de su dueño, han sido tragados por el río, como si quisiera ser él, el único dueño del misterio, y yo pienso: tal vez haya alcanzado a la ninfa que perseguía, tal vez sea feliz.

Bernardo Perea

El Águila

CONFITERIA Y PASTELERIA

VALDEPEÑAS